

843

Lo.

PA2623

s. E6

C35

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de J. Pueyo, Luna, 20
Teléfono 10864 — MADRID

I

Las manos bajo la lámpara.

En primer lugar he de decir, yo, Carolus Herbert de Renich, del país neutral de Gutland, en Luxemburgo, que soy un hombre honrado, incapaz de mentir.

Bien sentado esto, empezaré por declarar que aunque hubiera de vivir una eternidad, me acordaría hasta el fin de los tiempos del minuto de azoramiento y de dolor (al que habían de seguir tantos otros terribles minutos) durante el cual reconoí sobre una de las mesas del casino de Funchal y a la luz de una lámpara cuya pantalla me ocultaba el resto de su divina persona, las largas manos, pálidas y menudas, venadas de azul, de la mujer que yo había amado tanto cuando aún no era más que la bella Amalia Edelman.

No tenía necesidad de inclinarme para ver su rostro. Sabía que estaba allí, que no había error posible, a causa de cierto anillo de esclavitud que yo le había ofrecido en otros tiempos, cuan-

do ella era aún una niña magnífica... ¡Y siempre lo llevaba! Por lo demás, yo no podía hacer ningún movimiento. Mi emoción era tal, que me quedé paralizado, incapaz de comprender por qué especie de sortilegio estas manos a las que yo creía tan alejadas al Norte de la tierra ensangrentada de Europa, estas manos únicas en el mundo por su belleza y su transparencia aristocrática, se encontraban allí, empujando monedas de oro con negligencia en una mesa del casino de la capital de la isla Madera, llamada la Isla Feliz (entre los 16°39'30" y 17°16'38" de longitud Oeste de Greenwich y entre los 32°37'18" y 32°49'44" de latitud Norte) y en la más hermosa noche de Pascuas que he visto en mi vida (esto acontecía exactamente en la noche del 24 al 25 de diciembre de 1915, entre las diez y media y a lo sumo las once).

Siempre me ha admirado que hubiera gentes que dijeran: "¡Yo hago lo que quiero!" y gentes que se lo creyeran. Todos los días podemos encontrar cien ejemplos que demuestran que uno no es más que un muñeco entre los hilos de un oscuro pero seguro destino. "Se hace de nosotros lo que se quiere." ¿Quién es este *se*? ¡El *se* que aquella noche *ha querido* hacerme ver aquellas manos!

Pensad que ya estaba levantado para partir, que el criado me metía prisa porque en la rada la sirena del vapor que debía conducirme a Southampton había dejado oír su segunda llamada. ¡Mi equipaje estaba a bordo! Reflexionad que normalmente en mi apresuramiento ino de-

bía mirar del lado de aquellas manos! ¡Y sin embargo, las he visto y me he quedado! Y cuando ahora considero para qué formidables acontecimientos *se* me ha retenido con aquellas manos, no puedo creer en un azar trivial y sin ley. Y esta idea devoradora de que el *se* del destino necesitaba que yo viese ciertas cosas para referirlas después y también para hacerme realizar ciertas tareas de pesadilla, esta idea es la que me hace doblarme hoy sobre mis cuadernos, sobre tantas notas dispersas, testimonios irrecusables de una aventura sin igual, con el fin de empezar un relato *¡que tal vez no acabaré!*... En todo caso he tomado mis precauciones y si por alguna razón, harfo fácil de prever, yo llegara a desaparecer, los duplicados de mis documentos llegarían a la gran prensa francesa y le permilitarian revelar hechos que aun en esta época de caos y de horror no dejarán de asombrar al mundo... *¡Todas las batallas de la guerra mundial no son conocidas!*... ¡Pero lo serán! ¡Es preciso, es preciso! ¡He ahí por qué *se* me hizo ver las manos!

No las había vuelto a ver desde hacía cinco años que las había dejado como un bobo para dar la vuelta al mundo. Y ahora, en cierto dedo llamado anular, había cierto anillo que yo no había deslizado. Aparte de eso, no habían cambiado nada. ¡Cómo las había amado y besado yo con fiero y respetuoso amor en los días ridículos de mi sentimental juventud! ¡Ay! ¡Aún no había recorrido la cuarta parte de la vuelta al mundo, cuando supe que esas manos ya no me per-

teneciant Desde entonces me paseaba sin objeto a través de los continentes y de los vastos mares, llevando por única compañía esta sola frase que sonaba como la bola de un cascabel en mi cráneo vacío: "¡La hermosa Amalia Edelman, del dulce país neutral de Gufland, en Luxemburgo, se llama ahora la señora del vicealmirante Heinrich von Treischke, de Wilhelmshaven, en Alemania!..."

Así, pues, las manos jugaban y jugaban con el oro, lo que en los tiempos que atravesamos era una cosa bastante rara... Pero después he pensado que quizás obedeciera a una orden el que el importantísimo personaje que era la señora de von Treischke tirara el precioso metal delante de ella para demostrar de verdad que a ellos no les faltaba en Alemania. Estaba rodeada de una multitud de gente, porque ganaba de una manera llamada insolente y cada cual murmuraba su nombre dando detalles sobre su llegada a Madera (en esta época Portugal no había declarado aún la guerra a Alemania), sobre sus deslumbrantes *toilettes* y sobre su suerte, que no se desmentía desde los ocho días que hacía que esta noble dama había desembarcado en la isla.

Sabed (¿por qué habría de ocultarlo?) que debíamos habernos casado. Ella era muy rica. Su padre poseía inmensas tierras que descendían hasta las orillas del Mosela. Sus vinos eran célebres. Yo vivía entonces con mi anciana mamá. Teníamos algunos bienes. Aparte de la afición que tenía por casarme con Amalia Edelman, no

me sentía atraído por nada y seguramente hubiera permanecido en el país si no hubiésemos tenido la desgracia de poseer en la familia un primo, armador de Amberes, que me embarcó en uno de sus barcos "para hacerme dar la vuelta al mundo", cosa que él juzgaba absolutamente necesaria para mi felicidad en la vida. Siempre he sospechado que nuestro pariente debía estar de acuerdo con el viejo Edelman, que veía con poco entusiasmo la inclinación de su hija por el pequeño Carolus Herbert de Renich.

El viejo Edelman y el primo armador llevaban mucho tiempo tratando de negocios, y ambos eran algo crápulas. En fin, bien me han hecho llorar los dos y también Amalia, que tan pronto olvidó nuestros juramentos y que tanto se apresuró después a dar una niña y dos mocitos al almirante von Treischke.

En cuanto a éste, creería perder el tiempo si tuviera la pretensión de daros alguna idea de su naturaleza, su carácter y su escaso talento. Basta escribir su nombre para quedar informado. Nadie ignora la parte que ha sabido apropiarse (la del tigre) en el conocido asunto del asesinato de miss Campbell, ni la manera, completamente digna de la *kultur*, con la cual ha establecido sólidamente el régimen del terror en toda la costa, después de la caída de Amberes, y lo ha llevado hasta el fondo de los conventos de Brujas (si me atengo a la última carta de mi querida mamá). Pero, por ahora, dejemos a este hombre... y volvamos a Amalia.

En el fondo, cuando analizo los sentimientos que me inmovilizaban ante la mesa de juego de Funchal, debo sinceramente hacer tomar parte al temor que experimentaba de descubrir que mi ídolo se hubiera transformado en una *frau* (1) importante a consecuencia de una maternidad tan apresurada como repetida.

Una angustia especial me punzaba el corazón. ¡Ya no debía ser digna de sus manos! ¡Ay! ¡Ay! ¡Pronto había de probarme que la señora de Heinrich von Treischke era todavía más hermosa que Amalia Edelman!... Cuando cansada de ganar se levantó, y la muchedumbre elegante se apartó respetuosamente para hacerle sitio, entonces se me apareció! Hube de apoyarme en el muro para dejarla pasar. Ella pasó rozándose y no me vió. ¿Cómo no oiría esta mujer los martillazos de mi corazón?... ¡Pasó como una sombra ligera, sólo ligada al mundo por el brillo prestado de sus aderezos!

¡Cuán bella estaba, cuán bella estaba mi bienamada, con su rostro pálido, tan pálido, y sus grandes y hermosos ojos melancólicos, tan extrañamente fachonados como de una polvareda de estrellas!...

Evidentemente, Amalia no debía de ser feliz, a juzgar por un semblante y unos ojos semejantes. Confesaré que personalmente me sentí ferozmente encantado. De pronto, unas frases siniestras, pronunciadas cerca de mi en inglés

(1) Matrona.

con marcado acento irlandés, me sacaron brutalmente de mi éxtasis. Traduje textualmente:

—¡Stigalal... No la pierda de vista... Se dará el golpe mientras esté en la misa del gallo.

—¿Y la señora de compañía?

—¡Yo me encargaré de ella!

li

Los ojos bajo el capuchón.

ENTRE la columna que me ocultaba y la pared en que estaba apoyado, había un estrecho espacio, por el cual se deslizó mi mirada para llegar hasta el hombre que había pronunciado esta última frase. Estaba envuelto en una capa y me volvía la espalda. Yo no veía a su interlocutor. Sali entonces, sin hacer ruido, de mi escondite, con el corazón muy desordenado y las sienas atormentadas, porque no dudaba que los bandidos perseguían el botín de juego llevado por la dichosa Amalia (¿cómo hubiera podido concebir unos designios distintamente terribles contra una mujer a la que creía sin enemigos?), y mi deseo era naturalmente prevenirlo antes posible a Amalia, sin llamar la atención de los individuos cuyo horroroso proyecto había sorprendido.

En torno a la salida de la señora del almirante von Treischke se produjo un movimiento que me fué muy favorable, y logré alcanzar al hom-

bre de la capa en el momento en que éste salía a los jardines tras los pasos de Amalia y de su señora de compañía.

Adelantándole, iba a ver al fin su rostro, pues en estos jardines, que figuran entre los más hermosos del mundo, había una luz de fiesta difundida por todas las luces de Navidad, que en esa noche transforman toda la isla en un brasero maravilloso. Pero mi decepción fué grande cuando un ademán del hombre hizo caer bruscamente el capuchón sobre una especie de gorra marina, envolviendo tan bien toda la cabeza que sólo tuve tiempo de percibir dos ojos o, mejor dicho, dos cuencas extraordinarias a causa de su profundidad sin brillo...; sí, en órbitas profundas como las que se ven en las cabezas de los muertos, el hielo inmóvil de la mirada parecía muerto también, seco para siempre...

Esta rápida visión de los ojos muertos bajo el capuchón, me aterró más que si hubiera visto pupilas llameantes. Este hombre, envuelto tan singularmente en su capa y que se deslizaba delante de mí a la sombra de las dos mujeres, se me aparecía ahora como la Tristeza en marcha; la Tristeza, que se disponía silenciosamente a robar y tal vez a asesinar... Me quedé helado hasta los tuétanos, y palpé el revólver en mi bolsillo.

Me detuve cuando se detuvo el hombre.

La señora de Treischke y su acompañante acababan de subir a su *carro* con deslizadores de hierro que iba a conducirlos por el pavimento puntiagudo engrasado con sebo a la *cafedral*,

cuyo camino tomaban, como Amalia, otros muchos jugadores. Las campanas de todas las iglesias y los cohetes de media noche, disparados en los atrios sagrados, llamaban a los fieles por todas partes.

Hice un movimiento para lanzarme al *carro* de Amalia antes de que partiera arrastrado por sus activas vacas, precedido por el chico espanfamoscas y seguido por el boyero alerta con su larga pica. Pero en seguida pensé que no me sería difícil encontrar a Amalia en la misa, y que lo más urgente era no soltar a mi hombre.

Me imaginé que éste subiría también a un *carro* para seguir a las dos mujeres, pero no fué así. Volvió a los jardines, se subió a un banco y miró largo rato hacia la parte de la rada. Luego descendió, y tranquilamente fué a apoyarse contra el *Dragón*, y escarbando en su bolsillo sacó una gran navaja y la abrió. Después, como si no fuviera nada más urgente que hacer, se entrefuvo en marcar la piel del *Dragón*, que es un árbol que tiene una corteza de blandura completamente extraordinaria, y adonde van a distraerse los jugadores que han perdido, hundiendo melancólicamente la punta de su cortaplumas para ver fluir de esta carne herida la savia "como si fuera sangre". Cuando hubo acabado sus entalladuras, el hombre se alejó; yo me acerqué al árbol y examiné su nueva herida, describiendo una gran V, y debajo esta fecha: "Navidad, 1915". Cuando alcé la cabeza el hombre había desaparecido.

III

Lluvia de rosas y lluvia de lágrimas.

No me entrefuve en buscar a este hombre. Amalia debía estar ya en la catedral. Salté a uno de esos trineos de mimbre con los cuales se descienden las colinas en Madera tan rápidamente cuando no se tiene miedo de romperse los miembros y se encuentra demasiado largo el camino en espiral del *carro*. De este modo, a los pocos minutos caía en pleno Funchal y en plena procesión sagrada de antorchas.

En otros tiempos hubiera admirado estas *festas* de Navidad; pero entonces las encontré enojosas. Había abandonado el trineo; ahora corría de lleno por los adoquines engrasados, que suelen ser tan crueles para el rostro; cien petardos se rompían en mis piernas. Los cohetes pasaban silbando por delante de mis narices; caminaba como ebrio por entre aquel ramillete de artificios. Tropecé con tocadores de guitarra, que seguían rasgando sus instrumentos y golpeándome las pantorrillas. Yo maldecía la ar-

moniosa alegría de estas noches divinas. Pasé sin detenerme por delante de tres iglesias abiertas de par en par al regocijo de la calle. Podían verse al mismo tiempo los bailes del exterior y las prosternaciones del interior, y los cantos y los cortejos pasaban en increíble mezcla de la nave a la plaza pública. Pero esto no me interesaba. Yo sabía que la señora del almirante von Treischke no podía estar más que en la catedral, y en el mejor sitio.

Por fin llegué a ella en el momento en que el obispo, las autoridades civiles y militares, los altos funcionarios con togas violetas, las penitentes encubiertas y las estatuas de los santos con sus más bellos aderezos llegaban también después de haber atravesado la ciudad entre la gloria de las antorchas... Deslizándome en el atrio entre el cortejo oficial me vi conducido milagrosamente a través de la ardorosa muchedumbre hasta el pie de los altares y también hasta los pies de mi bienamada Amalia, que, católica ferviente, oraba con la mayor devoción.

La señora de compañía se hallaba prosternada en las losas junto a ella y a su derecha. El bolsillo de Amalia, en el que yo había visto que sus bellas manos guardaron el botín del juego, estaba depositado en una silla delante de ella. Sabiendo lo que acababa de oír tan providencialmente, lo encontré bastante expuesto. Por otra parte, no me atrevía a furbar la oración de Amalia por un motivo tan profano. Estando yo allí pensé que en todo caso su cara persona no

corría ningún peligro, y eso era lo principal. Por lo demás, en vano examinaba a todos los que nos rodeaban; no descubría nada sospechoso. Me imaginé que esos individuos cuyos proyectos temía, se reservaban para las apreturas de la salida.

Entretanto, me acerqué más aún a la que quería proteger, y cuando tocaba su reclinatorio ella apartó de entre sus manos un semblante inundado de lágrimas, me miró me reconoció con espanto y se puso a temblar. ¡Pensad que yo me encontraba, por lo menos, tan conmovido como ella! Pero cuando pronunció estas palabras: "¿Cómo es que está usted aquí? ¡Rezaba por usted!", caí de rodillas y yo también me oculté la cabeza entre las manos, y yo también lloré.

En el mismo momento, según es costumbre allí, desde lo alto de las bóvedas cayeron pétalos de flores lanzados por manos invisibles, cual si el cielo coronara nuestro dolor y recompensara nuestra sensatez, pues la alegría que sentíamos al encontrarnos era pura.

Oí que Amalia decía a su acompañante:

"Vuelva ahora al hotel y prepare los juguetes de los niños. Yo seguiré rezando todavía un rato."

La señora de compañía se marchó con el bolsillo del tesoro. Yo no vi en ello ningún inconveniente. Podían robar el bolsillo; podían asesinar a la señora de compañía; hay minutos en la vida en los que uno no se para en estas contingencias.

Y ciertamente Amalia no rezó más. Después de haber enjugado nuestras lágrimas nos pusimos a charlar deliciosamente bajo la mirada de los ángeles de piedra que parecían lanzarnos rosas. Siempre he sido—no tengo por qué ocultarlo—un sentimental. Esta hora que pasé allí había de hacérmela pagar caro el cielo que me la concedía, como más adelante se verá. Pues bien, no siento haberla gozado. ¿Qué nos dijimos? No lo sé; porque nos dijimos toda suerte de cosas excepto que nos amábamos.

De pronto descubrí ante nosotros, bajo el púlpito y subido en un taburete que le hacía sobresalir por encima de la muchedumbre, al hombre del capuchón, que clavaba en nosotros sus grandes ojos muertos.

—Vámonos—dije—; vámonos en seguida, Amalia; voy a acompañarla a su hotel.

—Si—dijo ella—; quiero que vea usted a mis tres querubines.

Unos instantes después estábamos fuera. El hotel en que Amalia se alojaba se encontraba muy cerca. Aunque la cuesta que conducía a él era bastante penosa, Amalia quiso hacer el camino a pie. La ciudad estaba iluminada como en pleno día y no me opuse a su deseo. Hice bien, pues en seguida Amalia se apoyó en mi brazo.

—Festejaremos juntos la Nochebuena—dijo—; le presentaré al tío, el doctor Ulrich von Hahn, que quedará encantado de cenar con uno de mis buenos amigos, qué digo, con mi mejor amigo de Gutland!

Me oprimió ligeramente el brazo, enrojeciendo. Pero vuelvo a repetir que todo esto era purísimo. Había por medio un marido y tres hijos, y eso es más sagrado que los votos más solemnes de la vestal antigua. Lo digo tanto por ella como por mí. Sólo los sentimientos son los sentimientos, como dicen los franceses.

—¿Pero qué le pasa a usted para volverse de ese modo?—acabó por preguntarme al verme mirar hacia atrás por tercera o cuarta vez.

—Nada, créame; miro las luces de los barcos en la bahía...

¡Pero mentía! Miraba en la esquina de un callejón la silueta misteriosa y atenta del hombre de los ojos muertos...

Apresuré el paso, y cuando estuvimos en el hotel dí cuenta a Amalia del incidente del casino.

—¡Si es el bolsillo lleno de oro lo que esas gentes querían—exclamó—, quizás hayan asesinado a mi señora de compañía!

Y me reprochó, con no poca justicia, que no la hubiera avisado antes... Atravesó con gran rapidez un salón de baile, en el que varias parejas inglesas se abrazaban bajo los ramos de muérdago colgados del techo. Yo corría tras ella, hasta que llegamos a un salón reservado en el que encontramos a la señora de compañía ocupada muy tranquilamente en llenar media docena de zapatitos con juguetes de todas clases, que sin duda acababa de traer por la chimenea el buen hombre de Noel.

Amalia lanzó un suspiro de alivio y se dejó caer en una silla.

El bolsillo estaba allí con todo su tesoro.

Al otro extremo de la mesa se encontraba también un anciano de mejillas sonrosadas, con una enorme cabeza canosa y lentes, que leía en voz alta a la señora de compañía una página que acababa de escribir y que nosotros tuvimos que soportar hasta el fin; recuerdo que aquella elucubración terminaba, poco más o menos, así: "Pronto se realizarán estas palabras del venerable poeta Manuel Geibel: ¡Obra de Alemania será el devolver la salud a toda la tierra!"

Cuando este hombre ridículo hubo acabado de leer su prosa estúpida, Amalia me lo presentó. Era el sabio tío, el doctor Ulrich von Hahn, que me estrechó la mano amistosamente, me declaró que estaba escribiendo un nuevo evangelio para los jóvenes de Alemania, del cual acababa de darme un extracto, y, finalmente, me invitó a compartir con él y su sobrina la cena de Navidad.

Parecía encantado de tener un nuevo invitado para proseguir su ciencia feutona, y me acercó una cesta llena de plátanos, mangas, guayabas, ananás y "frutos de las flores de la Pasión".

—Mientras traen la morcilla—dijo.

Entonces pudo hablar Amalia y pidió noticias de los niños. La señora de compañía, que era muy fea, pero que tenía unos ojos muy buenos y dulces, respondió con voz simpática que los niños, a los que acababa de visitar en su cuarto, dormían "como angelitos".

Amalia me dijo a media voz: "La mayor, que tiene cuatro años, se llama Dorotea; de los ni-

ños, que tienen tres y dos años, el primero se llama Heinrich, como su padre, y el segundo, Carolus... como usted." A esto ambos nos pusimos más encarnados que la flor roja del malvavisco.

Amalia se levantó. "Venga a verlos", dijo. La seguí. Subimos al primer piso, donde se encontraba su departamento. En el momento de penetrar en el cuarto de los niños me hizo señas de que anduviera de puntillas. Cuando empujó la puerta contuvimos el aliento. Amalia llevaba en la mano una lámpara cuya luz había amortiguado bajo la pantalla...; yo caminaba detrás de ella.

"¿Dónde están?", exclamó de pronto con voz sorda y ya inquieta. En efecto, los pequeños lechos estaban vacíos. Se precipitó al cuarto contigo llamando a la nodriza; pero ésta no respondió.

El lecho que la habían preparado estaba también vacío con las ropas levantadas como la de los niños. Amalia empezó a llamar: ¡Dorotea! ¡Heinrich! ¡Carolus!... Pero ninguna voz le respondió.

Entonces, como es natural, Amalia perdió la cabeza lo mismo que yo y otras muchas personas que nos rodearon al oír los gritos de la madre y sus llamadas insensatas...

Pero el desastre de la razón de Amalia pareció llegar a su apogeo cuando descubrimos que la ventana del cuarto en el que dormía la nodriza estaba entreabierta a los jardines colgantes, los cuales, de terraza en terraza, descendían

hasta la orilla del mar... y que en esta ventana aparecía afada una cuerda...

Así, pues, mientras nosotros recibíamos pétalos de rosas en nuestros cabellos, allá en la catedral, robaban aquí a los niños...

Amalia, presa del delirio, se precipitó, entre horrorosos gritos de desesperación, fuera del departamento. Yo estaba todavía en la ventana cuando la vi en la calle dirigiendo frases incoherentes a dos agentes de la fuerza pública, a los que reconocí por su uniforme portugués. Y Amalia les suplicaba que salvaran a sus hijos, y reforciéndose las manos se ponía de rodillas.

Estos dos agentes la hicieron subir a un *carro* que estaba parado cerca de allí y los tres partieron a gran velocidad hacia la parte del mar.

En el mismo instante oí gritos detrás de mí. Me volví. ¡Eran clientes del hotel que armaban un gran alboroto alrededor del cuerpo maniataado de la nodriza, al que acababan de encontrar en el cuarto de baño!

Se le quitó la mordaza que la ahogaba y pudo hablar. Refirió que la habían despertado los gritos de los niños, que se había precipitado a su cuarto, pero que en seguida la habían sujetado dos personajes que la habían "reducido a nada" atracándola de golpes, atándole los miembros y metiéndole una servilleta en la boca. Esta pobre mujer temblaba todavía. Yo la hostigué a preguntas de tal modo que acabé por deducir de sus enmarañadas respuestas que creía haberse encontrado frente "a dos agentes de la policía portuguesa". No necesité más para com-

prender que las dos mujeres habían sido víctimas de dos falsos agentes y deducir que el atentado contra los niños acababa de completarse en este mismo instante con el rapto de su madre.

Loco a mi vez, me precipité fuera del hotel y corrí hacia el mar en la dirección que había visto tomar al *carro*.